Carlos I de Habsburgo
El emperador beato

POCO Y BUENO

SERIE TESTIGOS

Carlos I de Habsburgo
El emperador beato. - 1° ed. -
Buenos Aires : Centro de Difusión de la
Buena Prensa, 2005.
32 p. ; 14x11 cm. - (Poco y bueno, testigos)

ISBN 987-1146-36-1

1. Habsburgo, Carlos
I-Biografía.
CDD 922.2

Copyright Centro de Difusión de la Buena Prensa
Ayacucho 236 P. B. "A" C1025AAF.
Tel/fax: 5411-4953-4685/3764
www.buenaprensa.org
E-Mail: catolica@buenaprensa.org

Diseño de Tapa: AD Producciones
Impresión: G. Crippa Editores
ISBN 987-1146-36-1

El 3 de octubre de 2004, el Papa Juan Pablo II presidió la beatificación de Carlos I de Habsburgo. En la ceremonia estaban presentes sus descendientes encabezados por el Archiduque Otto, hijo mayor del nuevo Beato. Carlos I fue el último Emperador de Austria-Hungría, y protagonista de una época muy difícil. Llegó al trono en momentos en que en Europa se desarrollaba la Primera Guerra Mundial. Fue, por su espiritualidad y rectitud, un personaje político dispuesto a dar su vida por sus pueblos y a cumplir con su deber cristiano como rey y como hombre. Así, fue ejemplar, tanto en su vida privada como pública. Padre y jefe de familia, alegre, cariñoso e intensamente dedicado al bien, sobre todo espiritual, de sus hijos, ejemplar fue su amor a Dios y a la Santísima Virgen, su disposición a aceptar la cruz y su amorosa y confiada entrega a la voluntad divina. Se trata de la beatificación de un laico, padre de familia y gobernante con las responsabilidades políticas vividas en el siglo XX.

Introducción

En el Siglo XIX, Europa no era tal como lo es en la actualidad. Sus actuales países, en su gran mayoría formaban parte de reinos o Imperios que ya no existen. Salvo Francia y algunas zonas de Italia estaban gobernados por monarquías, algunas parlamentarias (como Gran Bretaña y las Escandinavas) o por monarcas que ejercían un poder absoluto (tal es el caso del Imperio Ruso y el Imperio Austro-Húngaro), este último estaba formado por las actuales Repúblicas Austríaca, Húngara, Checa, Eslovaca, territorios en Los Balcanes y parte de la actual Ucrania. Desde el año 1848 hasta 1916, su emperador fue Francisco José I perteneciente a la Dinastía Habsburgo, una de las más viejas de la Historia. Desde el Siglo XIII, había ostentado, casi sin interrupción, el título de Emperador del Sacro Imperio Germánico Romano. Esto los convertía en defensores de la Religión Católica. Y eran reyes realmente católicos. A lo largo de la historia fue esta familia real la que tuvo que luchar y someter a protestantes y turcos

que amenazaban la cristiandad. Francisco José era Emperador de Austria, Rey de Hungría y Bohemia (Checoslovaquia) y tenía una gran cantidad de títulos nobiliarios, que serían heredados por el hoy Beato Carlos.

A fines del siglo XIX, Europa Central era un polvorín, próximo a estallar. Los dos Imperios más grandes (Austria-Hungría y Rusia) estaban formados por distintas razas que profesaban distintas religiones. En Austria convivían alemanes, húngaros, italianos, eslavos, judíos y musulmanes.

El Emperador Francisco José gobernaba con mano férrea su enorme nación desde el año 1848. En ese año toda Europa se vio envuelta en revoluciones de liberales que trataban de terminar con las monarquías. Había subido al trono a los 18 años, sucediendo a su tío Fernando que no tuvo descendencia.

Nace un santo

El 17 de agosto 1887, nació en el castillo de Persenbeug, el Archiduque Carlos (Karl Franz Josef Ludwig Hubert

Georg Otto María, tal era su nombre en alemán). Era el primer hijo del archiduque Otto y de su esposa María Josefa, nacida princesa de Sajonia. El recién nacido, que fue alegremente recibido por la familia imperial, no produjo alteraciones en la vida política del Imperio. Su tío abuelo, el emperador, tenía un hijo varón que heredaría el trono. Su padre el archiduque Otto era el segundo hijo del hermano menor del Emperador. Carlos estaba lejos de ser considerado un heredero directo. Pero una serie de tragedias familiares convertirían, años después, al recién nacido en emperador y rey. En Enero de 1889, el Archiduque Rodolfo, heredero del trono, apareció muerto en su Pabellón de Caza. La versión oficial fue suicidio, pero nunca se aclararon las circunstancias de su muerte. Se cree que fue asesinado por sicarios del político francés Clemenceau, masón que detestaba al Catolicismo. Ahora el abuelo de Carlos era el heredero al trono y su hijo mayor Francisco Fernando (tío de Carlos) le seguía en la línea sucesoria. La seguidilla de muertes que enlutó el largo reinado de Fran-

cisco José, llevarían a Carlos al Trono. Su abuelo, Carlos Luis, no tenía ninguna ambición política y dedicaba gran parte de su tiempo a la religión. En 1896 participó en una peregrinación a Tierra Santa, durante la cual bebió agua contaminada del Río Jordán. Regresó a Austria enfermo de fiebre tifoidea y murió el 19 de mayo. Su hijo mayor, el Archiduque Francisco Fernando, se convirtió entonces en heredero al trono. Sin embargo el Emperador Francisco José, nunca demostró reconocer a este sobrino suyo como su heredero. Le desagradaba la vida disoluta que había llevado, cuando era un joven oficial. Francisco José parecía más inclinado a reconocer como sucesor al segundo hijo de Carlos Luis, el Archiduque Otto. Sin embargo, ninguno de los dos hermanos sucedería a su anciano tío en el trono. Otto murió en 1906 y Francisco Fernando y su mujer murieron asesinados en Sarajevo en 1914. El asesino era un revolucionario serbio. Con este magnicidio se produjo el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Niñez del Archiduque Carlos

Carlos sería educado con todo el cuidado de un miembro de la familia imperial. Su educación estuvo a cargo de preceptores. Aprendió idiomas, ciencias, arte. Y más grande concurrió dos años a un colegio privado de Viena, algo inusual en un miembro de la familia imperial. Se ganó la amistad de sus compañeros por su sencillez y humildad. Sus profesores apreciaban su bonhomía, su capacidad para el estudio de las materias y su sobresaliente memoria. Pero impresionaba vivamente a quienes lo trataron, su fe y su gran devoción a la Virgen. Luego tomaría cursos de Derecho y Economía en la Universidad de Praga. Completó su formación con una serie de viajes y emprendió (como era tradición en la realeza) la carrera militar. Desde niño mostró un carácter especialmente pacífico, religioso y caritativo, con una ardiente devoción eucarística y mariana. Cuando tenía ocho años, su padre se hallaba a cargo de la guarnición militar de Sopron (Hungría). En este lugar había un Convento de monjas Ursu-

linas. Allí vivía la religiosa estigmatizada Vincentia Fauland, Esta monja profetizó que el niño sería Emperador (lo que en el momento parecía muy improbable), que sería objeto de terribles ataques del infierno y tendría que sufrir mucho. Por eso dicha religiosa organizó un grupo para desde entonces envolver al pequeño archiduque en oraciones. Este grupo con el tiempo se transformaría en la Liga de oraciones del Emperador Carlos para la paz entre los pueblos que ha sido la ponente en el proceso de beatificación.

Hay testimonios de su niñez, de sus compañeros y profesores, que hablan de su piedad, generosidad y humildad. Era muy alegre, entusiasta y con mucho sentido del humor.

Juventud y matrimonio

Terminados sus estudios, Carlos ingresa en el Ejército. El Archiduque Carlos recordaba con intensidad a la hermana de uno de sus compañeros de juegos de su niñez, la Princesa Zita de Borbón-Parma. Al

joven Archiduque le gustaba la Princesa, que como él, era profundamente católica, pero era muy tímido. Así es que pide ayuda a la mujer de su abuelo (su abuela había muerto hacía mucho), la Archiduquesa María Teresa, que también era tía de la Princesa Zita. La Archiduquesa María Teresa organiza una cacería de una semana en su propiedad e invita a los dos jóvenes para que tengan la oportunidad de verse y conocerse. La joven se siente inmediatamente atraída por el joven archiduque. Más tarde Carlos lleva a Zita al Santuario de la Virgen de Mariazell (iglesia que está íntimamente ligada a la historia de los Habsburgo) donde le pide matrimonio frente al Santísimo Sacramento y ponen su compromiso bajo la protección de la Santísima Virgen María. Se establece el día de la boda para el 21 de octubre de 1911. Un día antes de la ceremonia Carlos le dice a su novia: "A partir de ahora, nos tenemos que ayudar mutuamente para llegar al Cielo".

Ambos conyuges fueron muy unidos, felices y tuvieron ocho hijos, la última nacería

cuando su padre había muerto. Antes de casarse, Carlos debe viajar a Londres para representar al Emperador en la coronación de Jorge V. La princesa, acompañada por su madre, fue a Roma a pedir la bendición del Papa san Pío X para el matrimonio. El Papa se congratuló de recibir a la futura "emperatriz" de Austria. La princesa se apuró a aclarar que ellos no eran los herederos. Pero el Papa insistió, agregando que Carlos sería un regalo de Dios para Austria por todo lo que haría por la Iglesia y por la Paz.

El archiduque siguió su carrera militar. Sirvió con distinción en diversas guarniciones de la doble monarquía. Se distinguía por su religiosidad, además se interesaba porque sus soldados estuvieran bien física y espiritualmente. También se preocupaba por los pobres. Hay cantidad de hechos que ilustran estos rasgos. Por ejemplo, en aquel tiempo los choferes de automóviles tenían su asiento fuera del vehículo; un día Carlos, al darse cuenta de que su chofer tenía las manos azules de frío, lo hizo ir de pasajero mientras él mismo

conducía. En otra ocasión, una campesina en una posada, sin saber quién era él pero reconociendo el uniforme de su Regimiento, le pidió llevar un paquete para su hijo que servía en el mismo Cuartel. El conscripto recibió el paquete... misteriosamente aumentado con una cantidad de oro. Otra vez, cuando por error de un chofer, el archiduque tuvo un accidente que lo dejó inconsciente, ocultó el hecho para no perjudicar la carrera del subordinado.

El joven archiduque pasaba largo tiempo en adoración al Santísimo. Cuando el Emperador lo hizo caballero del Toisón de Oro (orden que había sido creada en el Siglo XV por un antepasado suyo) su alegría no fue por el brillo mundano que tal distinción le daba sino por la posibilidad de poder tener capellán propio que pudiera celebrar la Santa Misa dondequiera se encontrara. Vivía profundamente la Santa Misa a la que asistía a diario. Una vez saliendo de ella, su mujer le hizo una broma, pero él, aún absorto en la contemplación del Misterio, le preguntó que cómo podía

pensar en eso habiendo salido recién del Santo Sacrificio. Su amor a la Eucaristía iría creciendo a lo largo de su vida. Cuando se le preguntaba de dónde le venía tanta alegría y optimismo (con los grandes problemas que debía enfrentar) respondía que de su comunión diaria.

Como se sabe, el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914 hizo estallar la primera Guerra mundial. Entonces el archiduque Carlos se convirtió en heredero directo al trono. Respecto a la guerra Carlos no estaba de acuerdo con ella. Si hubiera podido hacerlo se habría opuesto a al conflicto armado. Consideraba que esta guerra tendría como resultado una gran matanza (como realmente ocurrió). Peor aún, consideraba el daño moral que se le haría a Europa: familias desmembradas, pérdida de la Fe y la destrucción de la Moral Cristiana. Pero Austria no podía dejar impune el asesinato del Archiduque Francisco Fernando. Pese a las negociaciones diplomáticas que hubo, Austria, apoyada y azuzada por Alemania declaró la

guerra a Serbia. Rusia, Inglaterra y Francia se unieron y enfrentaron a los Imperios Alemanes y Austríacos . Ganara quien ganara, los grandes imperios se despedazarían. El Emperador Francisco José, tras conocer el asesinato del archiduque Francisco Fernando, exclamó llorando: "Nada me habría sido evitado". Es que en su largo reinado había visto morir a dos de sus hijos, sus hermanos, sobrinos y a su mujer. Muchas de estas muertes habían sido asesinatos como en el caso de su mujer y su sobrino y la poco clara muerte de su hijo y heredero. Luego, dirigiéndose al archiduque Carlos le dijo: "Al menos puedo contar contigo". El viejo Emperador quería mucho a su sobrino nieto. El archiduque Carlos debió asumir mandos militares; además el emperador comenzó a llamarlo frecuentemente para que se interiorizara de los asuntos de gobierno, entregándole carpetas para su decisión.

Por otra parte, se destacó como un comandante cristiano, que cuidaba la vida de sus soldados. Se caracterizó por aplicar estrictas normas humanitarias, prohibiendo bombardear

iglesias, hospitales, escuelas, obras de arte, museos y blancos civiles. Prohibió la orden de exterminar prisioneros y se ocupó muy seriamente de la situación material, moral y religiosa de sus tropas, impidiendo además una severidad excesiva y revocando los castigos desproporcionados. Bajo su mando se obtenían victorias con un número de bajas muy inferior, pues ordenaba actuar con imaginación y ciencia, y no usar los soldados como carne de cañón. Durante la guerra, incluso siendo ya emperador, él y su familia se sometieron a la misma disciplina alimenticia que el pueblo.

"Corona de Espinas"

El 20 noviembre de 1916 se llamó al archiduque Carlos con urgencia a Schönbrunn (la residencia imperial) pues el Emperador estaba grave y sabía que su fin se acercaba. El soberano, que reinaba desde 1848, expresó a Carlos su tristeza por dejarle una situación tan difícil pero le reiteró la confianza que le tenía. Luego pidió que se

le despertara a las cuatro de la mañana para seguir trabajando. Murió esa noche.

Al día siguiente, al salir de la cámara mortuoria el Chambelán príncipe Lobkowicz , que conocía a Carlos desde la niñez, se acercó y con respetuoso cariño trazó una cruz sobre la frente del nuevo Emperador diciendo: "Dios guarde a Vuestra Majestad". Por primera vez el nuevo Emperador empezó a sentir el peso de esa "Corona de espinas"

Ahora el enorme peso del Imperio había caído sobre los hombros de este joven de 29 años.

El Imperio era un rompecabezas en el que convivían al menos 11 naciones y 6 religiones diferentes, unidos todos por la fidelidad a la dinastía. Estaban de tal manera imbricados unos con otros que cualquier división hubiera significado, como de hecho ocurrió después, que los grupos mayoritarios oprimieran a los minoritarios, y que los Estados sucesores fueran demasiado débiles para resistir a vecinos poderosos, como ocurrió con la Alemania nazi primero y la Rusia soviética después.

El Emperador se convirtió en moderador de las distintas tendencias existentes. Pero los nacionalismos de cada fracción ponían en dificultades el frágil equilibrio conseguido en siglos. El Emperador Francisco José había logrado un respiro temporal al darle la autonomía a Hungría, pero ésto despertaba el recelo de los checos y de los habitantes eslavos del Imperio. El Emperador Carlos quería una federación con iguales derechos para las distintas naciones, sobre la que se mantendría el arbitraje del soberano. Pero para realizar estos proyectos había que separar territorios de la corona de Hungría, y el juramento de la coronación húngara lo impedía.

En plena guerra y necesitando los recursos húngaros, Carlos no podía disponer de éstos sin recibir solemnemente la corona de San Esteban (corona del Rey de Hungría). Trató de encontrar una solución amigable con el gobierno húngaro, pero éste no cedió. Hubo que proceder rápidamente a la coronación, la que se realizó el 30 de diciembre de 1916 en Budapest.

El Emperador, Rey Apostólico de Hungría, le dio hondo significado religioso a su coronación. No dio importancia al boato de estas ceremonias sino que sintió que se convertía en un instrumento Divino para lograr el bien de sus pueblos.

En realidad, él veía con claridad la urgencia de alcanzar la paz, para evitar más muertes y preservar a la cristiandad del deterioro moral. Respetuoso de las otras religiones de su Imperio, Carlos amaba a la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y medio de salvación para todos. Veía que la guerra estaba desgarrando a la Iglesia en sus miembros, y que más que ganar o perder territorios importaba salvar el centro histórico de la Cristiandad y la cultura cristiana en Europa. Venciera quien venciera la pérdida de la moral sería muy grande. La brutal guerra estaba dejando (en ambos bandos) familias destruidas, hijos sin padres y sobre todo el descreimiento de la gente en Dios y las Instituciones. Además, la necesidad de sobrevivir inducía una general ruptura de la moralidad, y la rebelión contra

Dios, o su negación, que el exceso de sufrimientos producía en muchos hombres de poca fe o poca formación.

En tanto, el Papa Benedicto XV suplicaba y exigía la paz y esto pesaba mucho ante el Emperador Carlos, tan católico y unido a la Iglesia. Ante la propuesta de paz del Pontífice, el Emperador fue el único gobernante que aceptó.

Pero alcanzar la paz era muy difícil. Por una parte los sectores belicistas eran intransigentes y muchos funcionarios temían tomar posiciones claras por la paz. La voluntad de poder del aliado alemán colocaba a Carlos ante dos resultados posibles: o arrastraba a la doble monarquía a la derrota o quedaría subyugada a Alemania en caso de victoria. El joven Emperador intentó convencer al Emperador alemán Guillermo II de la urgencia de terminar con la guerra, pero no lo logró. El círculo que rodeaba al Emperador Guillermo soñaba la victoria total. Y también en Austria había sectores que querían seguir con la guerra.

Carlos había obtenido de Guillermo la promesa de que no se enviaran submarinos a hundir buques americanos aunque aprovisionaran a Inglaterra. Pero el Alto Mando Alemán envió submarinos y sólo después informó al Emperador de Austria. Este exigió que detuvieran los barcos, pero le respondieron que no había posibilidad de comunicarse con ellos. Carlos comentó esa tarde a su mujer: "Estamos perdidos, pues esto causará la entrada a la guerra de Estados Unidos de parte de los Aliados". Y esto fue lo que ocurrió.

Carlos buscó, entonces, otra dirección. Evitando las vías normales, infiltradas por los sectores belicistas, recurrió a sus cuñados los príncipes Sixto y Javier de Borbón-Parma, que estaban destacados en el ejército belga y con contactos en París. Recibieron el encargo de buscar con las autoridades francesas una paz separada con Austria. El Presidente francés apreció la importancia de tal proposición, y también lo hizo el Primer Ministro inglés. El Emperador Carlos apoyaba la restitución a Francia de Alsacia-Lorena (que estaba en po-

der de Alemania) y se dispuso a compensar por ello a Alemania con tierras de su propio Imperio.

Pero el mismo Ministro de Relaciones Exteriores de Austria era ambiguo, y las cosas se agravaron cuando los aliados debieron consultar con Italia. Mientras el Santo Padre insistía en que debía detenerse "la inútil masacre", el Canciller italiano, barón Sonnino, planteó exigencias tales a cambio de su acuerdo que el Emperador Carlos no pudo aceptar.

Ello provocó retardo tras retardo, hasta que cayó el Gobierno de Francia. El nuevo gobierno francés estaba en manos de Clemenceau. Este último, además de intransigente partidario de la "victoria total" y feroz anticatólico, tenía una especial animosidad contra Austria. Decía: "Hay que destruir a Austria, ese Imperio papista". Aprovechando las ambigüedades del Ministro austríaco de Relaciones Exteriores, el gobierno francés hizo públicas las negociaciones de paz llevadas a cabo por Austria.

El Emperador había sido traicionado. To-

do el poder y la prensa de los sectores belicistas alemán y austríaco se desencadenaron contra los soberanos austríacos, con calumnias. Se los acusó de traición, con lo que toda esperanza de nuevas negociaciones se hizo imposible. La progresiva destrucción de la Europa cristiana, la caída de cuatro imperios (tres cristianos y uno musulmán) y el fin de la doble monarquía austro-húngara se hicieron inevitables.

Su espíritu cristiano se puso de manifiesto cuando el Alto Mando alemán decidió enviar a Lenin a Rusia para que llevara a cabo la revolución bolchevique y así despejar el frente oriental. Carlos se opuso diciendo que no se podía hacer tal daño a un pueblo cristiano y prohibió su paso por sus dominios, pues veía con claridad el peligro que esto significaba para la Europa cristiana.

Pese a la guerra, no olvidaba las condiciones de vida de su pueblo. Creó el primer Ministerio de Asuntos Sociales del mundo, encargado de mejorar la condición de los pobres. Dictó varias amnistías, beneficiando no sólo a

opositores políticos, sino a personas que habían sufrido severidades excesivas o abusos de poder. Frente a quienes se oponían a tales medidas dijo: "No voy a tolerar esa "justicia" que por miedo salva a los grandes y cuelga a los pequeños. Quiero JUSTICIA aunque me cueste el trono y la vida". Propuso al episcopado la creación de parroquias en barrios populares y la realización de misiones para obreros y pobres. Prohibió los duelos, pese a la resistencia de muchos oficiales. Dispuso que los padres de familias numerosas y los hijos menores de familias que ya habían perdido otros hijos en la guerra dejaran el frente. Destinó los bellos caballos lipizanos de la Corte para llevar carbón a los pobres, y dio hasta agotar sus propias rentas para aliviar la situación de éstos. Cuando llegó la derrota, el imperio no "estalló" debido a que la Corona representaba la unión de sus pueblos. Soldados de todas los razas que formaban el imperio combatieron con valor y fidelidad hasta el final por lealtad a la dinastía. Pero en otros lugares, más oscuros y poderosos, donde la presencia de un so-

berano católico molestaba, se había decidido antes de finalizar la Guerra, el fin de la monarquía Austro-Húngara.

Se desmembra el Imperio

El Emperador Carlos, ante el pánico de sus ministros frente a la revolución y para facilitar las negociaciones con los vencedores republicanos, accedió, separarse por un tiempo no determinado de los asuntos públicos, pero se negó categóricamente a abdicar. Para él, aunque carecía de medios para detener el curso de las cosas, la corona era un depósito sagrado, un don recibido de Dios y era a Dios a quien debía darle cuenta. El no iba a renunciar a su deber sagrado de servir a sus pueblos.

Un gobierno socialista llegó al poder en Austria. El Emperador y su familia debieron partir al exilio y el nuevo poder confiscó todos los bienes privados de la familia. (Un nuevo dirigente comentó: "Los Habsburgo son demasiado populares. Si además son ricos, esta-

mos perdidos"). En Hungría llegaría al gobierno el comunista Béla Kun, cuyos excesos provocarán una reacción que llevó al poder, como "Regente" al Almirante Horthy, quien había sido edecán del Emperador, mientras tanto Carlos y su familia vivían en Suiza, desterrados y sin medios.

Carlos, en el destierro sufría por sus pueblos. Sabía que un monstruo satánico e incontrolable se apoderaría de aquellas tierras: el comunismo. Se sentía el padre de sus pueblos, y veía que el fin de la Monarquía y el desmembramiento del Imperio sólo les traería males espirituales y materiales.

Siempre vio, hasta en las pruebas más difíciles y ante el fracaso de sus mejores planes, la mano paternal de Dios. Siempre se mostraba agradecido a Dios. Al terminar 1918, cantó con el mayor entusiasmo el Te Deum después de la Misa de Año Nuevo. Como alguien le comentara que no había mucho que agradecer en año tan trágico, respondió que todo lo contrario, que Dios le había dado en ese año gracias tales que rebosaba de agradecimiento

hacia él.

En ese tiempo lo visitaron enviados de las mismas fuerzas secretas que habían decidido la destrucción del Imperio, para ofrecerle recuperar la corona a cambio de una legislación más "liberal" respecto al matrimonio, de una escuela "libre" (sin enseñanza católica) y de la legalización de la masonería. El Emperador no aceptó; luego comentaría :"Lo que he recibido de Dios no puedo aceptarlo de la mano del Diablo". Le fue ofrecido entonces restituirle su fortuna a cambio de su abdicación. Igual rechazo. El Papa Benedicto XV, preocupado por la posible propagación del comunismo en Europa Central, lo exhortó a recuperar el trono de Hungría, que aún constituía jurídicamente un reino. Obediente, el Emperador se aseguró el apoyo francés, aprovechando que Clememceau había sido destituido. Partió secretamente a Hungría, donde exigió a Horthy que en conformidad a la constitución del reino le entregara el poder. Horthy, que anteriormente se había mostrado partidario a reconocer al Rey legítimo, se negó. Tras horas de discusión

el Emperador se convenció de que quien él creía un marino con honor se había transformado en un ambicioso sin escrúpulos, y debió volver a Suiza. Horthy aprovechó ésto para urdir una intriga que hiciera perder a Carlos el apoyo francés y obtener de los gobiernos franceses, ingleses y sus aliados una declaración contraria a una restauración de los Habsburgo. A esto el gobierno francés no pudo oponerse públicamente.

Frente a una nueva petición del Papa, emprendió una segunda tentativa de recuperar Hungría. Voló con la Emperatriz en un pequeño avión privado a una región húngara donde había numerosos militares leales a su Rey. Hubo gran entusiasmo popular, y en un tren lleno de soldados fieles se dirigió a Budapest. Horthy ordenó disparar sobre ellos y no fue obedecido. Apartó entonces las tropas que eran leales al Rey y cuando el tren llegaba a Budapest organizó una resistencia con militares adictos y estudiantes revolucionarios a los que se les hizo creer que se trataba de una invasión checa y que debían disparar.

El Emperador y Rey, no queriendo verter la sangre de súbditos inocentes, prefirió abandonar el intento. Sus enemigos obtuvieron que fuera desterrado de Europa. Un barco de guerra inglés los embarcó con destino desconocido.

El Fin

El Emperador se mostraba tranquilo ante su mujer y sus seguidores. Decía: "Debemos estar tranquilos. Ni los ingleses, ni mis enemigos, podrán llevarnos a ningún lugar que no sea el que la amorosa providencia de Dios haya dispuesto desde siempre para nuestro bien". Como siempre, ponía su destino y lo aceptaba, en manos de Dios.

El lugar a donde fue llevado era la isla portuguesa de Madeira. Llegados, tras un tiempo pudieron reunirse con sus hijos. Al principio pudieron pagar un hotel. Pero pronto se quedaron sin recursos. Hubo que trasladarse a la Quinta do Monte, casa de veraneo

que les prestó un vecino del lugar, pero que era muy húmeda en invierno.

En ese tiempo, su crecimiento espiritual se aceleró. Pasaba largas horas en adoración ante el Santísimo Sacramento. Ofreció su vida a Dios por sus pueblos. Y el señor lo escuchó. Su muerte estaba cerca. Dijo a su mujer: "quiero decirte claramente que en toda mi vida lo que siempre he buscado es conocer lo más claramente posible la voluntad de Dios y cumplirla lo más perfectamente posible".

Ahora, el Emperador exiliado sabía qué quería el Señor de él. Se había preparado espiritualmente para cuando llegara su hora, solo lamentaba el dolor y sufrimiento por el que pasarían sus pueblos los años venideros bajo el comunismo.

En esos días el Emperador dijo: "Dios me ha dado la gracia de que ya no haya nada en el mundo que yo no esté dispuesto a sacrificar por amor a El y a la Santa Iglesia". Y confesó a la Emperatriz Zita: "Veo ahora con gran claridad que lo único que puedo hacer por mis pueblos, y lo que Dios quiere de mí, es que

ofrezca mi vida por ellos". La Emperatriz, enérgica como siempre, le respondió que él era el único Emperador católico y Rey apostólico, y que debía permanecer en este mundo para servir a la Iglesia. Su respuesta fue: "No has comprendido nada".

Días después le dijo que había ofrecido su vida a Dios para que sus pueblos pudieran volver a vivir juntos y en paz. Un día muy frío fue caminando al pueblo a comprar un pequeño juguete para uno de sus hijos, que cumplía cuatro años. Al volver llovió y se empapó. Siguió una gripe que se transformó en pulmonía. No tenían dinero así que se llamó tarde al médico. Los tratamientos de la época para la neumonía eran ventosas e inyecciones de trementina para localizar la inflamación fuera de los pulmones, con lo que su cuerpo se fue llenando de llagas dolorosas. Cuando la fiebre era muy alta, el Emperador deliraba y pedía volver a su país. El Santísimo Sacramento estaba expuesto en su habitación, cuando estaba consciente oraba continuamente. Y se alegraba de su padecer que le permitiría estar

muy pronto junto al Altísimo. En medio de sus sufrimientos dijo: "Qué bueno es confiar en el Sacratísimo Corazón de Jesús, pues de otro modo ésto no se podría soportar". La noche de su muerte, en un momento de lucidez, murmuró calmadamente:"Debo sufrir así para que mis pueblos puedan vivir de nuevo unidos". Sus últimas palabras fueron para pedir a Dios que protegiera a sus hijos de que no cometieran un pecado mortal, que era preferible morir antes que eso. Sintiendo su muerte tan cercana exclamó ante el Santísimo Sacramento "Fiat voluntas tua". Al final susurró, tratando de besar el crucifijo: "Jesús, sí, Jesús, ven, Jesús". Era el 1° de abril de 1922 y tenía treinta y cuatro años. Dios había aceptado la ofrenda de su vida.

Fue enterrado en la iglesia de Nossa Señora do Monte en Funchal, en Madeira- Su muerte fue muy parecida a la de su más insigne antepasado, el Emperador Carlos V de Alemania y Rey Carlos I de España. Su mujer, Zita, murió en el exilio en Suiza. Tanto ella como sus hijos no pudieron volver nunca a Austria.

Al poco tiempo los lugareños empezaron a comentar que orando ante la tumba de Carlos se obtenían favores, y en Viena se inició su proceso de beatificación. Cuando, treinta años después, se hizo el reconocimiento canónico se encontró que el cuerpo estaba incorrupto.

Años más tarde una monja polaca que trabajaba en Brasil fue milagrosa e instantáneamente curada, por su intercesión, de gravísimas úlceras varicosas en las piernas. Y, como un mensaje para su querida mujer, que entonces aún vivía, la monja se llamaba "hermana Zita".

Probablemente este Santo ha evitado muchos males a sus sufridos pueblos que después de las guerras quedaron bajo el yugo comunista.